

El Descanso del Corazón

NO. 647

UN SERMÓN

PREDICADO EL DOMINGO POR LA MAÑANA, 27 DE AGOSTO DE 1865

POR C. H. SPURGEON

EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiando en Jehová»

(Salmo 112:7)

El último mes ha sido una temporada particularmente sombría. Las malas noticias se han sucedido unas a otras como los mensajeros de Job. Las epidemias han sido rampantes entre nuestras familias, y muchas son las tumbas tempranas que se han llenado por enfermedades contagiosas. Es muy de temer que el cólera esté extendiendo sus alas de muerte y apresurándose a encontrar su presa en nuestros atestados callejones y callejuelas.

La epidemia entre el ganado está acabando con los rebaños del establo y contaminando el alimento más sustancial del hombre. Y es muy de temer que las lluvias continuas estén echando a perder gran parte del grano sin segar y causando serias pérdidas a los agricultores en los condados más septentrionales.

En los periódicos de las últimas semanas, ha habido una sucesión constante de los crímenes más temibles. Apenas hemos conocido un período en el que las personas dispuestas a la melancolía pudieran entregarse más plenamente a su gusto por las aprensiones y presagios más oscuros.

Tan alegre como soy, podría hasta cierto punto simpatizar con un buen y anciano santo con quien me senté unos minutos la otra noche, cuando comenzó a lamentar nuestros pecados nacionales y a temblar ante la presencia de lo que él concebía como juicios nacionales. Aunque estoy muy lejos de estar preocupado por pronósticos inquietantes, admito libremente que la vejez y la larga experiencia pueden sugerirnos justamente escudriñamientos sinceros de corazón debido a los males del período actual.

Más terrible que el rumor de plaga o epidemia es el hecho manifiesto de que el Papado avanza entre nosotros a pasos agigantados. Miremos hacia donde miremos, el Papado —romano o

anglicano— apesta en nuestras narices. Ya no está empeñado en socavar secretamente nuestros baluartes; ha puesto su escalera contra el muro y está escalando las murallas.

El partido papista en la Iglesia Estatal, apoyado por la indudable superstición del Libro de Oración Nacional, busca ahora recuperar su antigua prominencia. Mientras que sus aliados fuera de ella mueven cielo y tierra para ganar esta nación para el dominio del Anticristo.

Mientras tanto, hay numerosas causas de luto en la propia iglesia de Dios: muchas deserciones, muchos apartamientos de los primeros principios y doctrinas fundamentales, y algunos, que corrían bien, desviándose de repente y demostrando que nunca habían corrido en el poder y la energía del Espíritu de Dios. Si uno prefiriera el lado nocturno de la vida, podría sentarse y reunir fácilmente tonos afines de nube y niebla alrededor de su cabeza y corazón.

Pero, ¿de qué serviría esto? La desesperación no gana victorias. Cobremos ánimo, y vayamos a nuestras rodillas y a nuestro Dios. Aquellos que se han aferrado a Cristo Jesús y descansan en el amor y poder del Padre, no tienen razón para estar inquietos —si todo el infierno fuera desencadenado y toda la tierra fuera desquiciada, pueden regocijarse con un gozo no empañado por el temor carnal o la tristeza terrenal.

Han encontrado una fuente secreta de suministro de la cual pueden sacar, si todos los pozos de la tierra se secan repentinamente, porque todas sus fuentes frescas están en su Dios. De cada creyente, cuando está lleno de fe, es cierto: *«No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiando en Jehová»*.

I. Para llegar directamente al texto. LAS MALAS NOTICIAS PUEDEN LLEGAR A LOS MEJORES HOMBRES —a aquellos cuyos corazones están firmes y confían en el Señor.

Puede ser de gran provecho para nosotros recordar este hecho sombrío, porque puede llevarnos a aflojar nuestro apego a las cosas terrenales. Mastiquemos este bocado muy amargo por un momento o dos —no hay nada muy apetecible o agradable en el recuerdo de que no estamos por encima de los dardos de la adversidad, pero puede humillarnos y evitar que nos jactemos con el salmista: *«Mi monte está firme; no seré jamás conmovido»*. Puede impedir que echemos raíces demasiado profundas en este suelo, del cual tan pronto hemos de ser trasplantados al huerto celestial.

1. Recordemos la frágil tenencia con la que poseemos nuestras misericordias temporales —cuán pronto pueden llegar malas noticias acerca de ellas. Clasificamos acertadamente a nuestras familias primero entre nuestras posesiones. Miramos con deleite los rostros de nuestros hijos. Observamos sus crecientes habilidades. Nos encantan las evidencias de una inteligencia que se despliega —sin embargo, quizás nunca lleguen a la edad adulta, su sol puede ponerse antes de que sea aún mediodía.

Quizás estamos perplejos sobre qué hacer con ellos cuando tengan la edad suficiente para ser puestos como aprendices en un oficio o iniciados en una profesión —puede que nunca tengamos esa tarea de la cual preocuparnos. Mucho antes de que alcancen ese período de la vida, pueden estar durmiendo en sus tumbas.

Miramos con deleite siempre renovado a aquellos seres amados con quienes estamos unidos por los lazos del matrimonio, pero si miramos con sabiduría, veremos claramente la mortalidad escrita en la frente más hermosa y brillando en el ojo más amoroso. ¡Cuán pronto pueden estos compañeros de las más queridas afecciones de nuestro corazón ser arrancados de nosotros!

Debemos cuidarnos de hacer ídolos de aquellos que nos son más cercanos y queridos, porque los objetos de nuestra idolatría pueden pronto, como el becerro de oro, ser hechos pedazos, y quizás tengamos que beber las aguas de amargura a causa de nuestro pecado. Si recordáramos que todos los árboles de la tierra están marcados con el hacha del leñador, no estaríamos tan dispuestos a construir nuestros nidos en ellos. Debemos amar, pero amar con el amor que espera la muerte, y que cuenta con las separaciones. Nuestras queridas relaciones son solo prestadas para nosotros y la hora en que debemos devolverlas a la mano del prestamista puede estar incluso a la puerta.

Lo mismo es ciertamente cierto de nuestros bienes mundanos. ¿No toman las riquezas alas y vuelan? Y aunque hemos oído a algunos decir casi profanamente que han recortado las alas a sus riquezas, para que no puedan volar, sin embargo, el ave de rapiña puede despedazarlas donde están, y el cadáver podrido de la riqueza que los dueños no pueden disfrutar puede ser una maldición perpetua para ellos.

A menudo, el oro y la plata se oxidan en el cofre y afligen el alma de su reclamante. Dios puede hacer con nosotros como con Israel: «*Aun estaba la carne en sus dientes, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió contra el pueblo*» (Números 11:33). ¿Qué sustancia tenemos bajo los cielos? ¿No es lo que llamamos sustancia una mera sombra que pronto se va?

Su buen y sólido barco a menudo ha regresado de su viaje para enriquecer a su dueño, y justo ahora vuela ante un viento favorable, pero hay tormentas y huracanes, y arrecifes sumergidos y arenas movedizas, y quién sabe cuán pronto su prometedor empresa, y la nave que la lleva, pueden hundirse en el mar salado.

Allí está su almacén —está lleno de mercancías sobre las cuales, con solo una ganancia justa, se puede obtener gran riqueza. Pero puede venir un incendio, y puede que no haya seguro, o por un cambio de mercado la ganancia puede marchitarse en pérdida. Su prosperidad actual puede

convertirse pronto en angustia por la quiebra de algún almacén más grande, la falta de pago de letras de cambio cuantiosas, una quiebra de crédito, o un drenaje inesperado de capital.

Cuán a menudo empresas, altas como la torre de Babel, se han tambaleado, bamboleado y caído de repente en ruina total. Este mundo en el mejor de los casos no es más que un fundamento arenoso y el constructor más sabio bien puede esperar un fin para las más sustanciales de sus edificaciones.

Las malas noticias también pueden llegarnos en otro aspecto —podemos encontrar repentinamente que nuestra salud decae. Esa fuerza que ahora nos permite realizar nuestros negocios diarios con deleite, puede fallarnos tanto que el más leve esfuerzo nos cause dolor. Aunque inconscientes de un hecho tan triste, podemos estar incluso ahora albergando dentro de nuestros cuerpos la enfermedad que está destinada a tendernos en el lecho de enfermedad.

Debemos estar preparados para los días de oscuridad, porque son muchos. El día de la enfermedad no nos sobrevendría como un ladrón si fuéramos lo suficientemente sabios para recordar que somos polvo. Flores frágiles del campo, no debemos contar con florecer para siempre. La primavera no dura todo el año —el tiempo de la hoja seca y amarilla debe llegar, y las heladas del invierno deben marchitar nuestra raíz.

¿Por qué habría de suponer que voy a disfrutar de una inmunidad de los males comunes de la humanidad? ¿No estoy entre los que nacen de mujer, y no está escrito que todos ellos son «*de pocos días, y llenos de problemas*» (Job 14:1)? ¿No «*vuelan las centellas hacia arriba*» desde mi hogar? ¿y por qué, entonces, habría de suponer que no «*nazco para problema*» como el resto de mi raza?

Bien sería para nosotros si recordáramos que hay un tiempo señalado para la debilidad y la enfermedad. Entonces estaríamos más agradecidos por el privilegio de ir a la casa del Señor, ya que el día viene cuando ya no podremos subir al monte de Sion. Mientras podamos servir a Dios, recordemos que puede llegar el tiempo en que más bien tengamos que temer que hacer. Cuando solo podamos glorificarle sufriendo y no con actividad ferviente.

Sea nuestro vivir mientras vivamos, y arrebatarse el momento presente de las fauces del tiempo, y mientras los días malos no vengan, ni se acerquen los días en que digamos, no tenemos placer en ellos, sirvamos a Dios con ambas manos, y gastemos y seamos gastados en Su servicio.

No hay un solo punto en el que podamos esperar escapar de las agudas flechas de la aflicción. La esperanza más querida que usted y yo hemos atesorado puede caer aún como el fruto del árbol antes de que esté maduro, herido en el corazón por un gusano secreto. No pongan sus afectos en las cosas de la tierra —pongan todo su corazón en las cosas de arriba, porque aquí el óxido corrompe, y la polilla devora, y el ladrón perfora, pero allí todas las alegrías son perpetuas y eternas.

¿Qué hay aquí después de todo sino tierra de nubes? ¿Por qué buscamos ser señores de acres de mera niebla? ¿Qué son los tesoros de la tierra sino vapor? ¿Amontonarán para sí neblina y niebla? La nube y la niebla pasarán, y si estas son sus riquezas, ¡qué pobre será cuando no pueda llevar ninguna de estas riquezas etéreas a la tierra de la riqueza sólida! Cristiano, recuerda bien la inseguridad de todas las cosas terrenales y conténtate con que así sea.

Ciertos expositores refieren este pasaje a la calumnia y el reproche, y lo traducen: «*No tendrá temor de malos informes*». Es una de las pruebas más agudas de la vida del cristiano ser malentendido, malinterpretado y calumniado, pero cualquier hombre que sirva bien a su Maestro debe decidirse a soportar mucho de esta aflicción.

Cuanto más prominente sea usted en el servicio de Cristo, más seguro es que sea el blanco de la calumnia. Hace mucho tiempo que me despedí de mi reputación —la perdí en los primeros días de mi ministerio por ser un poco más celoso de lo que convenía a una época adormecida. Y nunca he podido recuperarla excepto ante la vista de Aquel que juzga toda la tierra, y en los corazones de aquellos que me aman por amor a mi obra.

Amados colaboradores en la viña del Señor Jesús, todos ustedes deben contar con ser despreciados y reprochados por Su amada causa. Los más débiles vienen a su ministro y dicen: «Fulano ha hablado mal de mí». ¿Qué, joven amigo, es esto algo extraño? ¿Nunca le sucedió esto a nadie antes? Se sienta y llora: «Esto me romperá el corazón. Este informe cruel será mi muerte».

¿Nadie más fue quebrantado de corazón por el reproche? ¿Nadie más tuvo su carácter mancillado por los dedos de la envidia y la lengua del chisme? ¿Quién es usted, mi buen señor, para que deba escapar? Gentil hermana, ¿quién es usted para que nunca sea abusada? Humíllese, y no sea tan orgulloso como para pensar que se debe hacer una excepción especial para usted cuando su Señor y todos Sus seguidores han tenido que soportar mucha contradicción de pecadores.

«*¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!*» (Lucas 6:26). Es una bendición alcanzar tal estado que no le importe más que a la roca le importan las olas furiosas lo que los hombres puedan decir, siempre que tenga una conciencia sin ofensa tanto para con Dios como para con los hombres. En todas estas cosas, sin embargo, debemos esperar malas noticias.

2. Las malas noticias también nos llegarán concernientes a asuntos espirituales, y los niños en la gracia se alarmarán grandemente. De vez en cuando, llega un mensajero con prisa sin aliento, que nos dice que los sabios han descubierto que la Biblia es una ficción. Hace años, todos nos asombramos al encontrar que la gente había estado cavando en la tierra, y había sacado cargas de piedras muy duras

con las cuales la Revelación debía ser muerta, como Esteban por los judíos. La Revelación ha vivido maravillosamente bien y ha florecido asombrosamente, a pesar de todo eso.

Otro naturalista muy juicioso descubrió después —y ¡oh, qué consternación hubo— que todos habíamos descendido de los monos, y que todas las criaturas vivientes eran el resultado de desarrollos sucesivos a partir de átomos infusorios. De alguna manera u otra, el Evangelio ha logrado sobrevivir incluso a este golpe tremendo.

No hace muchos meses, un cantero erudito desenterró una mandíbula, y un bushel o dos de pedernales puntiagudos —la indudable propiedad de hombres primitivos que vivieron —según el informe— edades antes de Adán. ¡Ahora se suponía que este descubrimiento silenciaría para siempre las enseñanzas de la inspiración! ¡Esos pedernales eran armas invencibles y mortales!

Pero la religión de Jesús está tan llena de vida que sus enemigos más mortales no pueden acabar con ella. Voltaire, recordarán, tenía una imprenta en Ginebra hace algunos años, con la cual imprimió una profecía de que el Cristianismo no sobreviviría al siglo, del cual él se consideraba la luz brillante y resplandeciente —esa misma imprenta ahora está imprimiendo copias de la Biblia en Ginebra.

Hace unas semanas, se nos informó etnológicamente que los negros estaban estrechamente emparentados con los simios, y que la declaración de la Escritura de que Dios «*de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres*» (Hechos 17:26) era claramente contraria a los hechos. Pero, hermanos míos, este gran y antiguo Libro logra aún sobrevivir, y creo que la mayoría de nosotros que conocemos su valor podemos decir que no tenemos temor de las malas noticias que profetizan el derrocamiento de su autoridad —porque verá a todos sus enemigos marchitarse en la hierba, y sin embargo no pasará ni una jota ni una tilde de él.

Nuestro corazón está firme, confiando en Jehová. Podemos dejar a estos caballeros a las viejas entre nosotros, cuyo conocimiento experimental del poder de la piedad será como una espada de dos filos para matar las sonoras profesiones de inteligencia superior de los enemigos. Los ciegos y los cojos en el ejército del Señor se reirán a carcajadas de los campeones de los filisteos, porque el Señor de los Ejércitos está con nosotros como nuestro Capitán, y Jesús cabalga conquistando y para conquistar.

Noticias más tristes nos afligen a veces. Oímos, queridos amigos, que los profesantes han caído, y qué trueno parece cuando se nos dice que tal y cual miembro prominente ha abandonado el sendero de la rectitud, o un ministro se ha apartado de la sana doctrina. Sí, y debemos esperar esto. Judas y Demas serán representados una y otra vez, e incluso Simón el Mago no faltará en la iglesia mientras esté aquí abajo.

Además, oiremos que el éxito ha desaparecido donde una vez reinó. Podemos predicar el Evangelio y ganar miles de almas —pero de repente puede que no haya conversiones, y aquellos que son los más cálidos partidarios de la verdad pueden enfriarse gradualmente. Para estas cosas, estén preparados. Ha habido reflujos y flujos en la iglesia en todas las edades, y su progreso ha sido como el del océano cuando llega a su pleamar —ha sido por una sucesión de olas que entran y olas que retroceden al mar. Así será hasta que Cristo venga.

También oiremos malas noticias acerca de nosotros mismos. Satanás nos dirá que somos hipócritas, y la conciencia nos recordará varias cosas que levantan la sospecha de que no estamos verdaderamente regenerados. Será una cosa bendita si entonces podemos volar de nuevo a la cruz de Jesucristo. Si la ley truena contra nosotros, y nos da malas noticias de la ira venidera, felices somos si podemos volar al gran cumplidor de la ley, y encontrar un refugio de las clamorosas demandas de la ley.

Pero debemos esperar esto. Ningún santo llega al cielo sin ser atacado por Satanás. Un antiguo teólogo solía decir que el camino al cielo pasaba por la boca del infierno. Deben tener conflictos espirituales. ¿Cómo podrían ser coronados si no pelearan? ¿Y cómo podrían ganar la victoria si no conocieran batalla alguna?

3. Además, para concluir la lista, las malas noticias de la muerte pronto les serán traídas por el mensajero designado. ¡Cuán malas son las solemnes noticias de la partida para la mayoría de los hombres! El mensaje nos será dado: «*El Maestro viene y te llama*» (Juan 11:28). Veremos el dedo del espíritu que hace señas hacia la fría inundación del Jordán, pero no temeremos esas malas noticias. No, la fe las considerará un mensaje bendito y marcharemos alegremente hacia adelante donde Jesús guía el camino.

En la eternidad, habrá las malas noticias de la trompeta angélica, malas para todos excepto para los santos: «*Levantaos, muertos, y venid a juicio*» (Apocalipsis 20:12-13). El llamamiento general reunirá a todas las naciones de hombres para estar

ante el temible tribunal, pero ciertamente en ese caso nuestro corazón estará tan firme, más aún, inundado de deleites divinos, que con gozo recibiremos la resurrección, y con transporte estaremos para ser absueltos en el tribunal.

He así desfilado ante ustedes una línea de mensajeros de aspecto sombrío —cualquiera de los cuales puede, en un momento, irrumpir en su cámara, gritando: «¡Noticias! ¡Hombre de Dios, noticias!»

II. Ahora, para un segundo pensamiento más alegre. UN CRISTIANO EN NINGÚN MOMENTO DEBE TEMER NI UNA EXPECTATIVA DE MALAS NOTICIAS NI CUANDO LAS NOTICIAS LLEGAN REALMENTE.

Bajo ninguna circunstancia concebible debe usted, cristiano, tener miedo. ¿Y por qué? Porque si usted está turbado, y angustiado, y distraído, ¿qué hace más que otros hombres? Otros hombres no tienen a su Dios a quien huir. No son favoritos del cielo como usted lo es. Nunca han probado la fidelidad de Dios como usted lo ha hecho, y no es de extrañar si están abatidos por la alarma, y acobardados por el miedo.

Pero en cuanto a usted, profesa ser de otro espíritu. Testifica al mundo que Dios mora en usted, y usted en Él. Dice que ha sido engendrado de nuevo para una esperanza viva. Testifica que su corazón vive en el cielo y no en las cosas terrenales.

Ahora bien, si se le ve tan distraído como otros hombres, ¿cuál es el valor de esa gracia que profesa haber recibido? ¿Dónde está la dignidad de esa nueva naturaleza que afirma poseer? Ciertamente, querido hermano, a menos que se le sospeche de haberse jactado más allá de su medida, no debe tener temor de las malas noticias.

Además, si se llenara de alarma, como lo hacen otros, sin duda sería llevado a los pecados tan comunes a otros bajo circunstancias difíciles. Los impíos, cuando son alcanzados por malas noticias, se rebelan contra Dios. Murmuran y piensan que Dios los trata con dureza. ¿Caerá usted en ese mismo pecado? ¿Provocará al Señor como ellos lo hacen? Si es sujeto de la misma distracción, probablemente caerá en la misma murmuración.

Además, los hombres inconversos a menudo recurren a medios equivocados, a expedientes malvados, para escapar de las dificultades, y usted estará seguro de hacer lo mismo, santo como es, si su mente cede demasiado a la presión presente. Confíe en el Señor y espere pacientemente en Él. Su curso más sabio es hacer como Moisés en el Mar Rojo: «*Estad quietos, y ved la salvación de Jehová*» (Éxodo 14:13).

Pero si su corazón está turbado, si el agua comienza a filtrarse en su barco, y la nave misma se llena con la inundación hirviente —bueno, estará tramando esto y tramando lo otro, y antes de mucho estará extendiendo su mano a la iniquidad, y así traspasándose a sí mismo con muchos dolores. Pero si el Espíritu Santo lo capacita para poseer su alma con paciencia, entonces, si sufre, no pecará, y con todos sus dolores, no sufrirá por el pesar de haberse apartado del Dios viviente.

Además, no debe ceder a estas dudas, alarmas y temores, porque si lo hace, no estará apto para enfrentar el problema. En las tormentas, los terrestres están todos alarmados y asustados, y no sirven

para nada. Simplemente póngalos bajo las escotillas y manténgalos abajo, o de lo contrario estorbarán a los marineros.

Pero el viejo marinero ha visto una tormenta antes, y el capitán ha tenido muchos vientos del noroeste soplando sobre él, así que mira a su alrededor como si todo estuviera en calma, y da sus órdenes al piloto y al primer oficial con total compostura. Y cuando tienen que recoger todas las velas, y navegar con palos desnudos, o peor aún, si el mástil se va por la borda, el capitán está muy serio, pero aún tranquilo y esperanzado. Ha capeado otras tempestades, y sobrevivirá a esta también.

Pero ustedes, personas alteradas, que están todas nerviosas ante cada pieza de malas noticias, ¿qué harán? Bueno, se cortarán sus propios dedos al buscar tallar su propia liberación. Derribarán su casa sobre su cabeza cuando pretendían haberla apuntalado. Serán completamente incapaces de enfrentar la dificultad si su corazón no está «firme, confiando en Jehová».

Permítanme hacerles otra pregunta muy importante. Si ceden al susto y al miedo cuando oyen malas noticias, ¿cómo pueden glorificar a Dios? Los santos pueden cantar las altas alabanzas de Dios en el fuego y bendecir Su nombre en lechos de enfermedad, pero usted no puede si cae en distracciones. ¡Vaya, hombre, puede su murmuración alabar a Dios? Sus dudas y temores, como si no tuviera a nadie que lo ayudara, ¿magnificarán estos al Altísimo? Vamos, se lo ruego, si quiere honrar a Dios, sea valiente.

Un cierto buen hombre estaba muy preocupado por una pérdida en su negocio. Su esposa trató de consolarlo pero fracasó, pero siendo una mujer muy sabia, lo dejó hasta la mañana. Por la mañana, cuando bajó las escaleras, su rostro se veía tan triste que su esposo dijo: «¿Qué te pasa?». Ella, manteniendo aún un semblante afligido, dijo que un sueño la había preocupado.

«¿Qué fue, querida?», dijo él, «no deberías preocuparte por los sueños». «Oh», dijo ella, «soñé que Dios había muerto, y era tal razón para la preocupación, que todos los ángeles lloraban en el cielo, y todos los santos en la tierra estaban listos para partirse el corazón». Su esposo dijo: «No debes ser tonta. Sabes que fue solo un sueño».

«Oh, pero», dijo ella, «ipensar que Dios había muerto!». Él respondió: «No debes ni siquiera pensar en tal cosa, porque Dios no puede morir, Él siempre vive para consolar a Su pueblo». Instantáneamente su rostro se iluminó, y ella dijo: «Pensé que te traería así a reprenderte a ti mismo, porque has estado soñando que Dios te había abandonado, y ahora ves cuán infundada es tu tristeza. Mientras Dios vive, Su pueblo está a salvo».

Así que, cristiano, creo que podría darte muchas razones por las cuales debes alabar a Dios y cobrar ánimo incluso cuando llegan malas noticias. Por amor a bendecir a otros, para tu propia salud

y provecho espiritual, para que puedas obtener gordura del hambre, seguridad del peligro, ganancia de la pérdida —ora para que tu corazón esté firme en segura confianza sobre la fidelidad de tu Dios del pacto.

III. Pero ahora, alguien dirá: «No sé cómo voy a mantenerme alejado de estos temores. Mi mente es como la de cualquier otro hombre y me perturbo fácilmente». Querido hermano, el texto te dice, en tercer lugar, que LA FIRMEZA DEL CORAZÓN ES LA VERDADERA CURA PARA SER ALARMADO POR LAS MALAS NOTICIAS.

«*Firmeza del corazón*». Los traductores difieren algo en cuanto a lo que significa este pasaje, y algunos piensan que significa preparación del corazón —«*Mi corazón está firme*», o «*Mi corazón está preparado*». Que signifique ambas cosas, y entonces tendremos toda la verdad, porque aquel cuyo corazón está firme está preparado. Ahora, ¿en qué respecto está firme el corazón de un cristiano? Creo que en muchos.

Primero, el corazón del cristiano está firme en cuanto al deber. Dice dentro de sí mismo: «Mi negocio es andar como Cristo también anduvo —nunca puede ser correcto para mí hacer contrario a la voluntad de Dios. He puesto siempre a Jehová delante de mí, y con integridad de corazón andaré todo mi camino, dondequiera que ese camino me lleve».

Tal hombre está preparado para cualquier cosa. Cualquiera que sea la prueba que venga, está preparado para enfrentarla, porque su alma está resuelta a que, venga ganancia, venga pérdida, no será deshonesto para hacerse rico. No dirá una mentira para ganar un reino, no renunciará a un principio para salvar su vida. No tiene que ir, como algunos de ustedes, al vecino más cercano a decir: «¿Qué debo hacer? ¿Cuál es la mejor política?»

El cristiano no tiene política. Hace lo correcto y deja las consecuencias a Dios. Sé que si los cielos necesitaran ser apuntalados con pecado, no es asunto mío apuntalarlos, y si solo pudieran ser sostenidos por mi hablar falsamente, deberían caer. La verdad es nuestro negocio, la integridad es nuestra línea de deber, y los resultados quedan con el Altísimo. En este respecto, el hombre que por gracia está firme para el camino recto y angosto está preparado, venga lo que venga.

Pero más consolador que esto, el corazón del cristiano está firme en cuanto al conocimiento y así preparado. Hay algunas cosas que un creyente sabe y sobre las cuales está bien firme. Sabe, por ejemplo, que Dios se sienta en la popa de la nave cuando más se mece. Cree que una mano invisible está siempre en el timón del mundo, y que dondequiera que la providencia pueda derivar, JEHOVÁ la dirige.

Ese conocimiento tranquilizador lo prepara para todo. «*Es la voluntad de mi Padre*», dice. Mira sobre las aguas furiosas, y ve el espíritu de Jesús pisando las olas, y oye una voz que dice: «*Yo soy, no temáis*» (Mateo 14:27). Sabe también que Dios es siempre sabio, y sabiendo esto, está preparado para todos los eventos.

No pueden venir mal, dice él, no puede haber accidentes, no puede haber errores, nada puede ocurrir que no deba ocurrir. Si perdiera todo lo que tengo, es mejor que lo pierda que lo tenga, si Dios así lo quiere —la peor calamidad es la cosa más sabia y bondadosa que podría ocurrirme si Dios la ordena. «*Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*» (Romanos 8:28).

El cristiano no solo sostiene esto como una teoría, sino que lo sabe como un hecho. Todo ha funcionado para bien hasta ahora. Los fármacos venenosos que se han mezclado en el compuesto han, sin embargo, obrado la cura. Los cortes agudos de la lanceta han limpiado la carne orgullosa y facilitado la curación. Cada evento hasta ahora ha producido los resultados más divinamente bendecidos —y así, creyendo esto, que Dios lo gobierna, que Dios lo gobierna sabiamente, que Dios saca bien del mal— el corazón del creyente está firme, y está bien preparado.

Aquí, tráeme la copa que quieras, mi Padre las llena todas, y las beberé como Él las envía, no meramente con resignación, sino con deleite santificado. Envíame lo que quieras, Dios mío, con tal de que venga de Ti. Nunca fue mala una porción que vino de Tu mesa a cualquiera de Tus hijos.

Padre mío, escribe lo que quieras acerca de Tu hijo, no buscaré meter la vista entre las hojas dobladas, sino que esperaré pacientemente y aguardaré en silencio mientras hoja por hoja se despliega, sabiendo que eres demasiado sabio para errar y demasiado bueno para ser desagradable. Ahora vean qué preparación es esta para las malas noticias, este tener el corazón firme en el conocimiento de Dios.

Además, hay otro tipo de firmeza: la firmeza de la resignación. Hay un verso que cantamos en uno de los himnos, que a veces dudo que algunos de nosotros debamos cantar, pues no siempre es cierto:

«Oh Tú, clemente, sabio y justo,

En tus manos mi vida confío,

¿Tengo algo aún más querido?

Lo resigno a Tu voluntad».

Es muy fácil decir eso, pero muy difícil llevarlo a cabo. Tomar a Isaac, nuestro único hijo, y llevarlo al altar, y desenvainar el cuchillo por mandato de Dios, requiere una fe abrahámica, y ese tipo de fe no es tan común como debería entre los cristianos. Amados, cuando nos entregamos a Cristo, le

entregamos nuestra persona, nuestra hacienda, nuestros amigos y todo. Hicimos una entrega total, y la única manera de estar en lo correcto cuando llega la aflicción es mantenernos firmes en esa entrega, de hecho, renovarla cada día.

Es bueno cada mañana entregarlo todo a Dios, y luego vivir el día, y agradecerle por renovar el arrendamiento diario. Si crees que tienes misericordias en un arrendamiento de cincuenta años, te volverás descontento si te echan de la tenencia. Pero si sientes que eres solo como un inquilino diario, te sentirás agradecido de que el gran Propietario te haya dado un nuevo arrendamiento.

Los ojos de tu cuerpo, ¿acaso son dados para siempre? Su luz quizá nunca llegue a conocer el sol de mañana. Esos labios, que hoy entregas al servicio de Dios, pronto pueden enmudecer en el silencio. Así es con todo lo que tienes. Entonces, resígnate todo a Dios, porque si se lo entregas todo cada día, no te será difícil entregarlo cuando Él finalmente lo quite.

Si lo has resignado mil veces antes, solo será una repetición de lo que ya has ensayado antes, y por lo tanto, estás bien instruido en ello. Mantente firme en tu resignación, sé firme en eso, y estarás preparado para las peores noticias.

Aún mejor, permíteme recordarte una forma de firmeza que te hará sobrepasar toda tormenta: la firmeza en cuanto a las cosas eternas. «No puedo perder», puede decir el cristiano, «no puedo perder mis mejores bienes».

Cuando un carretero tiene muchos paquetes que transportar, si lleva oro y plata, o piedras preciosas, se asegura de ponerlos cerca de él. Quizás tiene algunos bienes comunes, y estos los ata detrás. Es posible que algún ladrón robe del carro algunos de los bienes comunes que estaban fuera. «Oh, bueno», dice el hombre cuando llega a casa, «siento perder algo, pero mis cosas preciosas están bien. Las tengo todas a salvo. Doy gracias a Dios de que el ladrón no pudo huir con ellas».

Ahora bien, nuestros bienes terrenales, e incluso nuestros amigos más queridos, son solo las misericordias comunes de Dios; pero nuestro Salvador, nuestro Dios, nuestro interés eterno en el pacto, nuestro cielo, que pronto hemos de heredar, estos se guardan donde no se pueden perder.

Un amigo mío fue una vez al banco con mil libras en el bolsillo. No creo que fuera muy sabio, porque después de poner esa gran suma en su bolsillo, puso su pañuelo sobre ella, y en algún lugar del Borough, o al cruzar el Puente de Londres, un ladrón le robó el pañuelo. Me dijo: «Ni siquiera pensé en eso. Estaba tan lleno de gozo al descubrir que el dinero no se había ido».

La anécdota es instructiva, pues nuestros consuelos terrenales, comparados con nuestros intereses eternos, son solo como el pañuelo comparado con las mil libras; es más, ni siquiera guardan una

relación tan alta. Si la adversidad viniera y se llevara todo lo demás, aun así, cristiano, tu corazón está firme porque tienes asidas las cosas eternas. Y ni la vida ni la muerte, ni el tiempo ni la eternidad, pueden hacerte soltar tu asidero de la gloria que ha de ser revelada en ti. Así estás preparado, sea lo que sea que venga.

Solo añadiré un pensamiento más sobre este punto. Creo que la santa gratitud es una manera bendita de fijar el alma en Dios, y prepararla para la tribulación. Tienes un amigo que el otro día te dijo una palabra muy dura. Te sentiste muy apenado, pero después de unos minutos dijiste: «Mira, aunque me pateara, siempre lo amaría por la gran bondad que me mostró hace años cuando estaba en grandes aprietos».

Ahora, cuando pienso en lo que nuestro Dios ha hecho por nosotros, cómo nos salvó de descender al abismo y halló un rescate en Su propio Hijo amado, cuando recordamos cómo nos ha sacado del hoyo horrible y del lodo cenagoso —que haga de mí lo que le parezca bien— el Señor nos dio a Cristo, entonces, que quite lo que quiera, no podemos pensar mal de Él.

Después de tal prueba de amor, estamos ligados a Él por lazos de gratitud tales que, aunque quite una misericordia tras otra, hasta que apenas quede alguna, aun así bendeciremos Su nombre. «Aunque me matara, en él esperaré». Que cada santo de Dios se sienta tan firme y atado por lazos de gratitud que esté preparado, sea lo que sea que venga, para bendecir aún a su Dios.

IV. El último punto es este: EL GRAN INSTRUMENTO DE LA FIRMEZA DEL CORAZÓN ES LA FE EN DIOS.

«Su corazón está firme, confiando en el SEÑOR». Ves que hemos llegado aquí por pasos progresivos. Malas noticias pueden llegar a un heredero del cielo. Él no debe temerlas. La manera de estar preparado para ellas es tener tu corazón firme y preparado, y el método para tener el corazón firme es la confianza segura en el Señor.

El cristiano no está preparado para la prueba confiando en sus semejantes, o apoyándose en su propia sabiduría y experiencia. Nos apoyamos en un mejor apoyo que un brazo de carne. El cristiano confía solo en su Dios. Cada atributo compromete esta confianza. El heredero del cielo descansa en el amor de Dios. «Oh», dice, «mi Padre me ama demasiado para permitir que ningún mal me dañe. Sé por ese mismo Espíritu que Él ha dado, por el cual clamo: “Abba, Padre” — conozco la ternura de Su corazón que prohíbe que yo perezca jamás, o que me suceda algo que me cause un daño grave».

Cuando hubo un incendio, hace muchos años, en el pequeño pueblo de Delft, en Holanda, ocurrió en una casa sobre cuyo techo se había construido un nido de cigüeñas. Ahora bien, las cigüeñas son muy afectuosas con sus crías, y se observó que mientras las llamas subían, las cigüeñas intentaron

primero llevarse a sus crías, pero cuando eso no pudo hacerse, ambos padres mantuvieron sus alas sobre el nido, como para refrescar a los pequeños, y cuando las llamas se acercaron más, ambos padres se posaron sobre la parte superior del nido y allí murieron con sus crías.

¿Es posible que nuestro Dios pudiera tener menos afecto por Sus propios hijos que estas pobres aves por la prole de su nido? ¡Imposible! Nos cubrirá con Sus plumas, y bajo Sus alas confiaremos. Su verdad será nuestro escudo y adarga. Vengan hambre, venga pestilencia, venga enfermedad, venga muerte, venga juicio:

**«El que nos ha amado nos sostiene,
Y nos hace más que vencedores también».**

El creyente, así dependiente del amor de Dios, también confía en el poder de Dios. Sabe que nadie ha resistido jamás al Señor con éxito. Ese brazo poderoso quiebra al enemigo en pedazos. Cuando sale a la guerra, es como cuando el alfarero rompe vasijas de barro con una vara de hierro. El cristiano siente que la omnipotencia de Dios es más digna de confianza de lo que el poder del diablo es de temer. «Más grande es el que está con nosotros que todos los que están contra nosotros».

El cristiano percibe al enemigo alrededor, pero sus ojos han sido ungidos con unguento celestial, y también puede ver el monte lleno de caballos de fuego y carros de fuego, y por lo tanto confía en el poder de su Dios y su alma no se turba.

Confía también, como hemos dicho, en la sabiduría de Dios, pues en verdad, cada atributo del Altísimo se convierte en un motivo de gozo para el creyente. Me temo, queridos amigos, que olvidamos a nuestro Dios con demasiada frecuencia. Estoy seguro de que, en el fondo, no creemos que Él sea sabio, o de lo contrario no creemos que sea misericordioso, porque si supiéramos, y sintiéramos, y nos diéramos cuenta de que Él es Dios, y exactamente el Dios que las Escrituras dicen que es, nos recostaríamos en Él, y dejaríamos la tribulación, la adversidad, la pérdida y las cruces con Él, echando toda nuestra ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de nosotros.

Obtengan, les ruego, la seguridad de Su simpatía por ustedes. No piensen que Él es indiferente a las penas que los afligen. Ustedes están en el horno, pero Él se sienta en la boca del mismo, observándolos mientras la escoria se derrite en la llama. Dios nunca está lejos de ninguno de Sus hijos, pero está más cerca de aquellos que están más tristes, enfermos y atribulados.

Si hay una oveja en el redil que es más vigilada que las demás, es la oveja más débil. «Él toma en sus brazos a los corderos, y guía con cuidado a las que están criando». No puedes imaginar lo querido

que eres para Su corazón. Y Él está tan decidido a llevarte sano y salvo a casa, que lo ha jurado con un juramento.

Por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, te ha dado una fuerte consolación. ¿Rechazarás la consolación cuando Él la traiga? ¿No es el Consolador mismo capaz de consolarte? Cristo ha ido al cielo para que tengas ese don precioso del Consolador dentro de ti.

¿Por qué has de contristar al Espíritu Santo de Dios y traer esta tribulación sobre tu propio espíritu con estas ansiedades, dudas y preocupaciones? «Confía en el SEÑOR Jehová, porque en el SEÑOR Jehová está la fortaleza eterna». Ve con gozo y saca agua de los pozos de la salvación y alábalo todos los días de tu vida.

Cuando el Dr. Payson se acercaba a su fin, recordaba a sus amigos que Dios es suficiente para Su pueblo. Dijo: «En años pasados, a menudo temía la remoción de ciertos consuelos terrenales, pero cuando fueron retirados, tuve tanto más de la gracia y la presencia de Dios, que tuve que estar agradecido por la aparente pérdida, pues era una ganancia real. Y ahora», dijo, «que soy un inválido y estoy confinado en mi casa, soy mucho más feliz de lo que jamás esperé ser, y soy tan feliz como un hombre podría serlo fuera del cielo».

Podemos cantar juntos ese verso:

«Y si nuestros más queridos consuelos caen

Ante Su voluntad soberana,

Él nunca quita todo lo nuestro;

A Sí mismo nos lo da todavía».

Ya que tienes a tu Dios contigo, cristiano, que el texto sea cierto para ti: «No temerá las malas noticias: su corazón está firme, confiando en el SEÑOR».

No tengo tiempo para hablar sobre el contraste de todo esto, pero es un contraste que pesaría mucho sobre aquellos de ustedes que no han mirado a Jesucristo. Tienen necesidad de temerlo todo. Las piedras de la tierra no están en liga con ustedes, ni las bestias de la tierra están en paz con ustedes.

No hay providencia que obre para su bien. No hay un ojo especial sobre su beneficio. Ustedes son hijos huérfanos. Las estrellas en el cielo pelearon contra Sísara, recuerden, y pelean contra ustedes. La dulce influencia de las Pléyades no pueden conocer, pues en las bendiciones celestiales no pueden reclamar parte alguna.

¡Oh, que pudieran esconderse bajo las alas de Dios! ¿Lo desean? Entonces recuerden quién fue el que dijo: «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas!». Vuelen al Salvador. Ahí están Sus heridas. Les ofrecerán refugio. Él murió para salvar a los perdidos, para los rebeldes, Él ha obtenido misericordias.

Entréguele su alma para que la salve. Confíen en Él para obrar una buena obra en ustedes, y por ustedes, y nunca morirán, sino que con santo gozo y confianza vivirán en la luz de Su rostro para siempre. Que el Señor bendiga este sermón para el asentamiento del corazón de Su pueblo en Él mismo, y Suya sea la alabanza. Amén.

PORCIÓN DE LA ESCRITURA LEÍDA ANTES DEL SERMÓN — SALMO 11 Y 12

Tomado de la colección *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* de C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, el uso de mayúsculas para los pronombres de la Deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en www.spurgeongems.org.